

CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO

Jueves, 29 de julio. Posición defensiva tomada por el duque de Ragusa. Preparativos de los parisienses.—Los ministros en las Tullerías; bando de Marmont ofreciendo una suspensión de armas. Semonville y Argout en el Carrousel; su ida a Saint-Cloud. El Louvre. Nuevas tentativas de armisticio.—Defecciones. Abandono del Louvre y las Tullerías. Las tropas salen de París. Orden de retirada dirigida por el Delfín a Marmont.—Los insurrectos de la margen izquierda del Sena.—Carácter de la lucha.—Saqueo de las Tullerías.—En casa de Lafitte; reunión de diputados. El general Lafayette acepta el mando en jefe de la guardia nacional.—Nombramiento de una comisión municipal parisiense. En el Hotel de Ville.—En Saint-Cloud. Acuerdos tomados por el ministerio. Indecisión e inercia de Carlos X y de sus ministros. Llegada de Marmont. Revista pasada por el Delfín. Nombramiento de Mortemart como primer ministro. Misión de los señores de Semonville, Vitrolles y Argout en París. Discusión entre los diputados.—Jueves, 30. Los redactores del *Nacional*; primera proclama en favor del duque de Orleans. Thiers en Neuilly.—Revocación de los decretos causantes de la revolución.—Los diputados en el palacio Borbón.—Mortemart en el Luxemburgo.—Lafitte, como presidente de la reunión de diputados, se niega a admitir los nuevos decretos.—Mensaje al duque de Orleans.—Lafayette en el Hotel de Ville.—Confusión y desorden en Saint-Cloud. Deserciones.—Marmont aconseja a Carlos X que se retire al otro lado del Loira.—Desaliento de los diputados.—Llegada del duque de Orleans a París.—Carlos X en Saint-Cloud; su retirada a Trianon.—Manifiesto del duque de Orleans a los parisienses.—Agitación en el Hotel de Ville. La Cámara de diputados. Cortejo. El duque de Orleans y la revolución.—Carlos X en Trianon. Retirada del ejército. Carlos X en Rambouillet.—Situación precaria del ejército y de la familia real.—Abdicación del rey y del Delfín en favor del duque de Burdeos.—La expedición de Rambouillet.—Apertura de las Cámaras.—Viaje de Carlos X.—Proclamación de Luis Felipe como rey de los franceses.—Embarque de Carlos X y su familia en Cherburgo para Inglaterra.

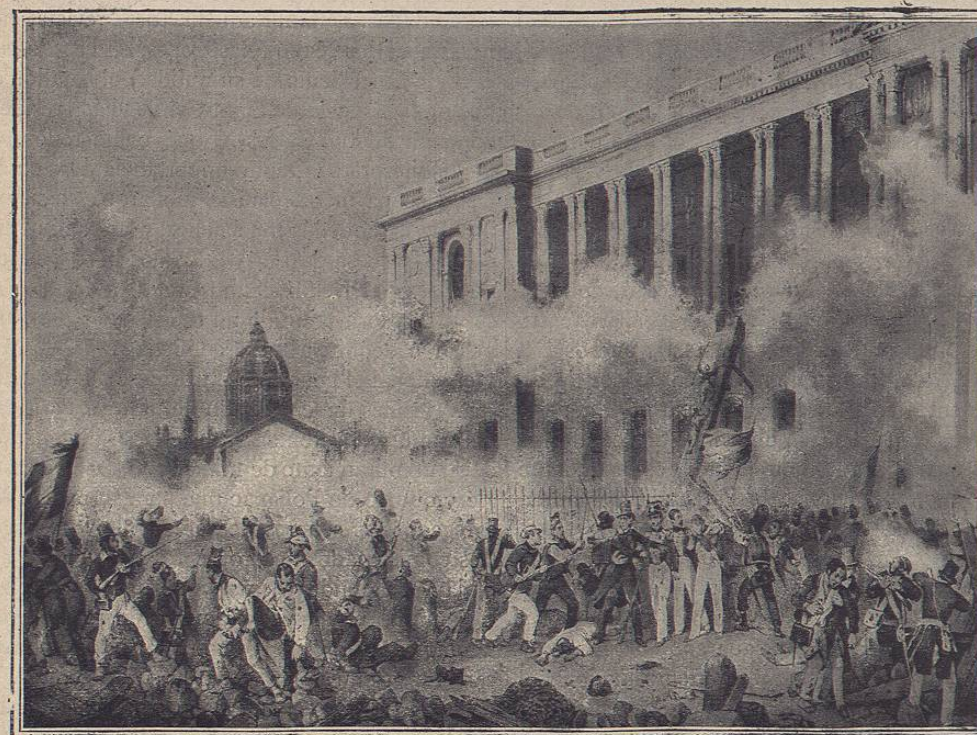
La posición defensiva tomada por el duque de Ragusa comprendía el Louvre, las Tullerías y los Campos Elíseos, formando un inmenso cuadrilátero prolongado hasta Saint-Cloud. Por su parte, los insurrectos emplearon la noche del 28 al 29 de julio en generalizar y completar su sistema de defensa. Todas las calles estaban erizadas de barricadas que tenían a Marmont literalmente encerrado por tres lados de su posición. Las tropas se hallaban abatidas; no recibían ningún estímulo, ningún socorro, ninguna muestra de simpatía que viniese a revelarles que la causa defendida por ellos tenía partidarios. Aquel partido monárquico y clerical, tan arrogante y provocador en sus discursos y en sus periódicos, había desaparecido completamente. Los ministros habían dormido en las Tullerías y continuaban allí reunidos, cerca de Marmont, acusando a éste de desplegar poco vigor, y buscando en ciertas medidas, como la reunión del Tribunal real en las Tullerías, un medio de desconcertar a la insurrección. Resuelto a apelar a todos los recursos para decidir al rey a que transigiera, Marmont convocó a todos los alcaldes de París en el cuartel general, esperando que la reunión del Tribunal convocado por los ministros y la del cuerpo municipal podrían dar lugar a una solemne comisión a la que no resistiría el monarca. Para facilitar el éxito de aquella misión, ofreció la suspensión de armas en un bando que decía: «¡Parisienses! La jornada de ayer hizo derramar muchas lágrimas. Por humanidad consiento en suspender las hostilidades, con la esperanza de que los buenos ciudadanos se retirarán a sus casas y volverán a sus quehaceres; se lo aconsejo con insistencia.» Pero no había medio de hacer imprimir y fijar en las esquinas este bando. La insurrección formaba en torno de las posiciones del mariscal una barrera infranqueable. Sacáronse de él muchas copias manuscritas, cuyo reparto se confió a los soldados de las vanguardias y a unos cincuenta insurrectos puestos en libertad con la condición de distribuirlo. La publicidad del armisticio no pudo pasar los límites del Louvre y las Tu-

llerías. Mientras tanto el pueblo se preparaba para una lucha decisiva. Las masas de la margen izquierda del Sena, bajo la dirección de unos cuantos alumnos de la Escuela politecnica, se disponían a tomar los cuarteles en que aún podían quedar soldados, cuando los insurrectos de la margen derecha tomaron la iniciativa del ataque contra las Tullerías y el Louvre. Marmont se lamentaba de la ineficacia de su armisticio, cuando se le presentaron en el cuartel general dos pares de Francia, los señores de Semonville y d'Argout, que le propusieron, como medio de poner término a las catástrofes que ensangrentaban París, el arresto de los ministros. En el momento en que Marmont iba a llevar a efecto esta resolución, la súbita llegada del ministro del Interior, Sr. de Peyronnet, desconcertó al mariscal y a los dos pares de Francia, quienes se contentaron con que el duque de Ragusa escribiera al rey una carta en que insistía enérgicamente para que aceptase las proposiciones que Semonville y Argout fueron a hacerle.

Cuatro individuos del cuerpo municipal respondieron tan sólo a la convocatoria de Marmont, quien les manifestó que acababa de dar a la tropa la orden de suspender el fuego y les rogó que comunicasen a los insurrectos las noticias pacíficas que esperaba de Saint-Cloud a fin de que cesasen de tirar contra los soldados. El anuncio de la próxima pacificación fué acogido con alegría por los insurrectos, que prorrumpieron en gritos de «¡viva el rey!» «¡viva la Carta!» Los combatientes de una y otra parte se disponían a fraternizar. Pero de pronto un inmenso clamor que se levantó por la parte del Louvre detuvo aquellas disposiciones conciliadoras, dando otra dirección a los ánimos, y el fuego se reanudó con fuerza. Un incidente inesperado acababa de echar por tierra todas las esperanzas de Marmont. Los regimientos 5.º y 53.º de línea, que ocupaban la plaza de la Concordia, se habían pasado a la Revolución. Entorado de ello, y temiendo que hiciesen otro tanto el 15.º ligero y el 50.º de línea, situados en las Tullerías, el mariscal ordenó a estos dos regimientos que se retira-

sen a los Campos Elíseos, y dispuso que uno de los dos batallones suizos que defendían el Louvre cortasen la calle de Castiglione por la de Rivoli. El jefe del batallón que quedó guardando el palacio, comandante Salis, manifestó al duque de Ragusa que sus soldados se hallaban desmoralizados y le pidió refuerzos que el mariscal no creyó necesario enviarle. Marmont acababa de expedir un despacho a Saint-Cloud, anunciando a Carlos X la defección de los regimientos 5.º y 53.º de línea, y estaba persuadido de que el rey accedería a lo reclamado por la población mandando retirar las tropas. El

los Campos Elíseos, subieron la grande avenida de este nombre y se retiraron al bosque de Boulogne. Un cuarto de hora después de haber pasado la puerta de la Estrella, Marmont recibió del Delfín el siguiente despacho: «Mi primo el rey me ha confiado el mando en jefe de sus tropas, y yo os doy la orden de retiraros con todas las vuestras a Saint-Cloud, donde serviréis a mis órdenes. Os encargo al mismo tiempo que toméis las medidas necesarias para hacer transportar a Saint-Cloud todos los valores del tesoro real, según acaba de ser dispuesto por el ministro de Hacienda. Servíos preve-



Toma del Louvre, en julio de 1830, según Víctor Adam

batallón de suizos que mandaba Salis replegóse en el patio del Louvre, esperando el armisticio. Un muchacho que por un andamio se había encaramado a una de las galerías altas del palacio y se asomó al patio por una ventana, hizo creer a aquella tropa que el pueblo había asaltado el Louvre. El pánico se apoderó del batallón, que huyó en desorden hacia las Tullerías. Los insurrectos obligaron a los indefensos porteros del Louvre a que les abriesen las verjas, y subieron a la galería del Museo, desde donde empezaron a hacer fuego sobre la plaza del Carrousel y contra el palacio de las Tullerías. Todas las fuerzas allí concentradas se precipitaron en tumulto hacia el arco de triunfo de este palacio. Marmont dió la orden a sus destacamentos de batirse en retirada. Los combatientes de la margen izquierda del río atravesaron el Puente Real, invadieron las Tullerías y enarbolaron en el real alcázar la bandera tricolor. Casi al mismo tiempo el palacio era invadido por una multitud de insurrectos y curiosos de la margen derecha. Mientras tanto, las tropas que habían huído del Louvre y del Carrousel se juntaron con los regimientos de la línea y de la guardia estacionados en el bulevar de la Magdalena, en la plaza de Luis XV y en

nir inmediatamente a las tropas que han sido puestas bajo mi mando.»

Los insurrectos quedaban dueños de París, y es justo decir que ningún pueblo en revolución mostró nunca más valor y moderación en el combate, ni más generosidad en la victoria. Puras en su causa, heroicas en sus hechos, aquellas jornadas, justamente llamadas gloriosas por los parisienses, ofrecieron un raro espectáculo de virtud política y de moralidad. Diez ó doce millones encerrados en las arcas del Hotel de Ville y un millón dejado por M. Mangin en la caja de fondos secretos de la prefectura de policía, fueron encontrados intactos después de quince ó diez y ocho horas de completo abandono. Una partida de ladrones escapados de los calabozos de la Conserjería había empezado a saquear el palacio de las Tullerías, cuando varios insurrectos pusieron coto al saqueo, establecieron una severa vigilancia, y por la noche, extenuados por el hambre y la fatiga, fueron a depositar en el Hotel de Ville las cajas que encerraban la platería del palacio, los ornamentos más preciosos de la capilla, un cofrecito lleno de oro, encontrado en las habitaciones de la duquesa de Berry, y una infinidad de otros objetos cuya posesión hubiera hecho na-

dar en la opulencia á aquellos haraposos combatientes que iban á encontrarse sin pan.

Mientras tanto los diputados, sorprendidos y casi asustados de aquella victoria, trataban de regularizar y moderar el desorden de la misma, reunidos en el hotel Laffitte, que vino á ser el cuartel general político de la insurrección. Confióse al general Lafayette el mando de la guardia nacional y al general Gerard el de las tropas. Nombróse una comisión municipal, compuesta de cinco diputados y encargada provisionalmente, no de gobernar, sino de restablecer y mantener el orden. La formaban los señores Laffitte, Casimiro Périer, Lobau, Schonen y Audry de Puyraveau. Este se trasladó al Hotel de Ville en compañía del general Lafayette, que aún no creía que la victoria de los parisienses fuese definitiva y se disponía á ocuparse exclusivamente de los medios de defensa. El general fué aclamado por el pueblo, y desde aquel instante la Casa de la Villa fué el centro de toda la acción revolucionaria.

La *comisión municipal* tomó por secretario á M. Baudé, redactor del *Temps*, que se había instalado en la prefectura del Sena dictando órdenes como representante del *gobierno provisional*, que no existía, y entró en funciones publicando un manifiesto en que daba á conocer á *los parisienses* su nombramiento «por los diputados presentes en París.» Por su parte, el general Lafayette inauguró su poder publicando dos bandos en los cuales anunciaba su nombramiento de comandante en jefe de la guardia nacional de París y la reorganización inmediata de la misma.

Mientras tanto, en Saint-Cloud, Carlos X se negaba á dar crédito á las noticias que le daban Semonville y Argout, y se obstinaba en cerrar los ojos y los oídos á la tormenta que se desencadenaba sobre su cabeza y sobre su dinastía. Por fin, ante la demostración del peligro que iba á correr la Delfina en los pueblos que tenía que atravesar, desde el momento que llegase á ellos la noticia de los desórdenes de París, el viejo monarca echó á llorar y cambió de resolución. Reunió al consejo de ministros, que acordó el nombramiento del Delfín para el mando superior de las tropas y la evacuación de París. En cuanto á revocar los decretos, causa del conflicto, y á cambiar de gabinete, el rey, el Delfín y los ministros lo consideraban como un peligro y una vergüenza. «Transigir con la insurrección, sería abdicar,» repetía incesantemente Carlos X. A la una y media de la tarde, Vitrolles llegó de nuevo á Saint-Cloud con el objeto de manifestar al rey que el partido liberal deseaba un arreglo, que se consideraría como una satisfacción suficiente la formación de un ministerio presidido por el duque de Mortemart y en el que entrara de ministro de la Guerra el general Gerard. Carlos X, su hijo y sus consejeros se hallaban perplejos. De pronto llegó Marmont, quien expuso desembozadamente al rey los acontecimientos de París. «Señor, le dije, es una batalla perdida. Siento que una bala no me haya atravesado la cabeza; la muerte sería preferible para mí al triste espectáculo que acabo de presenciar. Carlos X contestó al duque de Ragusa con la mayor bondad, y escuchó, sin demostrar impaciencia alguna, todos los detalles que le refirió el mariscal, hasta sus observaciones sobre la necesidad de un pronto arreglo.

El consejo de ministros seguía reunido sin resolver

nada. Polignac salió un momento á decir á Vitrolles que, «antes de consentir en la proposición de que éste era portador, el Delfín quería ver personalmente lo que aún se podía hacer con la guardia y demás tropas.» Este príncipe no tardó en salir del castillo, encontró los primeros destacamentos en el pueblo de Boulogne, y pasó delante de ellos sin encontrar una palabra que decirles; en Auteuil preguntó al coronel Revel, del 6.º regimiento de la guardia: «¿Cuántos hombres habéis perdido?—Muchos, monseñor, contestó el jefe con lágrimas en los ojos.—Aún os quedan muchos, aún tenéis bastantes,» replicó el príncipe, mirando vagamente á los soldados. Durante aquella triste revista, en que el hijo de Carlos X dió á las tropas, en vez de estímulos, el triste espectáculo de su nulidad, el batallón de alumnos de la Escuela de Saint-Cyr llegó á la residencia real con su artillería. Carlos X, que, como todos los espíritus débiles, daba grande importancia á las cosas pequeñas, vió una fuerza para la monarquía vacilante en la llegada de aquellos muchachos, y les salió al encuentro con la duquesa de Berry y los dos hijos de esta princesa. Volvió el Delfín á Saint-Cloud y declaró no oponerse ya á la formación de un nuevo gabinete, cuya composición definitiva fuese confiada al Sr. de Mortemart y en el cual el general Gérard fuese ministro de la Guerra. Vitrolles fué encargado de llevar á París la noticia del cambio de gabinete y de enterar al general Gérard de su nombramiento de ministro de la Guerra; pero exigió y obtuvo de Polignac que para su misión le fuesen agregados los señores de Semonville y de Argout. Los tres comisionados llegaron cerca de las ocho á la Casa de la Villa, donde fueron inmediatamente recibidos por la comisión municipal y por el general Lafayette. «Os traemos la paz, dijo Semonville; el rey consiente en cambiar el ministerio y revocará los decretos. Dejando de subsistir la causa que ha provocado la colisión entre el trono y el pueblo, la colisión debe cesar.—Bien quisiéramos aceptar un arreglo que restableciese la tranquilidad, contestó Casimiro Périer; pero no tenemos bastante fuerza ni estamos revestidos de suficiente autoridad para hacer adoptar vuestras proposiciones.» Después de un largo debate, la comisión municipal envió los comisarios de Saint-Cloud á la reunión de los diputados. Casimiro Périer les dió un salvoconducto para que pudiesen llegar al hotel Laffitte. Terminada la conferencia, Lafayette, que no había despegado los labios, se acercó á Semonville y le preguntó sonriéndose y tendiendo la mano en la dirección de Saint-Cloud: «¿Y bien! ¿Se ponen la escarapela tricolor allá arriba?—Todavía no; la cuestión es muy seria.—Que se ahorren cavilaciones; es cosa hecha.» Las fuerzas abandonaron al anciano Semonville, que se retiró al Luxemburgo, mientras Vitrolles y Argout se encaminaban hacia el hotel Laffitte, frente al cual vivía Vitrolles. Este se quedó en su casa esperando á Argout, que fué solo á conferenciar con los diputados.

Eran cerca de las doce de la noche. Los diputados, reunidos en gran número, recibieron á Argout, que les anunció el cambio de ministerio y la revocación necesaria de los decretos. Pero el emisario no era portador de ninguna proposición escrita ni firmada por el rey. «¿Esa comunicación es oficial?, le preguntó el presidente, Sr. Laffitte. Después de los acontecimientos de

que París acaba de ser teatro, la desconfianza es natural y legítima. Yo pregunto también al Sr. de Argout si se abrirán las Cámaras el 3 de agosto.—No se ha fijado aún la fecha de su convocatoria, pero ésta no tardará,» contestó Argout, quien después de haber insistido mucho sobre la necesidad de conservar á Carlos X, si no se quería que cayesen sobre Francia todas las fuerzas de Europa, se retiró y fué á encontrar á Vitrolles. Levantóse inmediatamente la sesión, y la comunicación que se acababa de oír fué objeto de vivos

ron distribuir y fijar en las esquinas en número considerable, y en las cuales se decía que Carlos X no podía volver á París después de haber hecho derramar la sangre del pueblo; que la república expondría á terribles divisiones y enemistaría á Francia con Europa; que el duque de Orleans era un príncipe adicto á la causa de la Revolución; que el duque de Orleans no se había batido nunca contra los liberales; que el duque de Orleans había luchado en Jemmapes; que el duque de Orleans se había batido bajo la bandera tricolor;



La barricada, copia del lienzo de Delacroix, existente el Museo del Louvre

debates en que tomaron parte muchos individuos que no eran diputados. La mayoría opinaba que debían aceptarse las proposiciones de la corona, por cuanto la victoria alcanzada por el pueblo podía trocarse en derrota el día siguiente. En concepto de los timoratos, los ánimos no estaban preparados para un cambio de dinastía, y lo más prudente era soportar aún á los Borbones, que no tardarían en someterse del todo ó en ser derribados. Sostenido por Beranger, Thiers y Mignet, Laffitte contestaba que el pueblo, animado por la victoria, se batiría mejor el día siguiente, y que París, defendido como estaba por millares de barricadas, podía desafiar á un ejército de 100.000 hombres. «La revolución ha empezado, decían; hay que terminarla y reemplazar una dinastía incorregible y gastada con una dinastía nueva y más liberal; Carlos X no puede volver á París cubierto de sangre de parisienses. Los diputados se separaron á altas horas de la noche sin haber tomado ninguna resolución.

El día siguiente, 30 de julio, antes de las seis de la mañana, Thiers, Mignet y otros escritores habían redactado varias proclamas cortas y enérgicas, que hicie-

que el duque de Orleans aceptaba la Carta como los liberales la habían querido y entendido siempre, y que el pueblo francés daría la corona al duque de Orleans.

Esta proclama estaba redactada con una rara habilidad; la repetición del nombre del duque de Orleans en cada línea servía para grabar en la mente de los lectores este nombre, todavía poco conocido de las masas, y que el día anterior sólo pronunciaban en voz baja al Sr. Laffitte y un corto número de hombres políticos; además, invocando en favor del príncipe el recuerdo de Jemmapes, la primera batalla de la Revolución, colocando su candidatura bajo la doble protección de la bandera tricolor y del principio de la soberanía nacional, sus redactores despertaban y halagaban sentimientos entonces predominantes en las masas. La supuesta adhesión del duque de Orleans á la causa por la cual el pueblo acababa de tomar las armas era una atrevida ficción. Thiers obtuvo de Laffitte una carta de recomendación para este príncipe, refrendada por el general Sebastiani, y fué á su residencia de Neuilly, acompañado de Schéffer, para enterarle de los acontecimientos.

